

EL MURO EN EL CORAZÓN DE BERLÍN

Juan D. Hincapié

NARRATIVA NOVUS

EDITORIAL
JUCUM 

Muestra de cortesía © Editorial JUCUM 2026

Editorial JUCUM forma parte de Juventud con una Misión,
una organización de carácter internacional.

Si desea un catálogo gratuito de nuestros libros, solicítelo a
info@editorialjucum.com o visite www.editorialjucum.com

El muro en el corazón de Berlín

por Juan David Hincapié

© 2025 Editorial JUCUM

Tyler, Texas 75710

Edición de Daniela Bejarano

Diseño de portada de Guillermo Lo Forte

Diagramación de Daniel Velie

Todas las definiciones presentadas en el vocabulario fueron tomadas de la Real Academia Española: Diccionario de la lengua española, 23.^a ed., [versión 23.7 en línea]. <<https://dle.rae.es>>, salvo aquellas que no figuraran en dicha fuente, las cuales fueron elaboradas por el equipo editorial.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna —a excepción de breves citas para reseñas literarias— sin el previo permiso escrito de Editorial JUCUM.

Primera edición por Editorial JUCUM —2025

ISBN 978-1-64836-126-5

Impreso en Colombia

Muestra de cortesía © Editorial JUCUM 2026

DEDICATORIA

Este libro está dedicado al dador de sueños, al más magnífico escritor de historias, a mi salvador, mi señor, mi amigo, mi padre, mi hermano, mi confidente, mi abogado y el amor de mi vida: el Dios todopoderoso.

Esta historia no nació de un plan en mi corazón ni de un deseo cuidadosamente cultivado en mi mente a lo largo de los años. No. Esta novela llegó a mí de forma especial, en un tiempo de profunda desesperanza y tristeza, durante días de oración y ayuno. Toda la gloria sea para Él.

Fue Dios quien trajo esta historia a mi vida y me pidió plasmarla. Mi corazón fue cautivado de inmediato cuando la idea se encendió en mi mente, y en obediencia apasionada decidí escribir este libro. Sin saberlo, mi vida comenzó a renacer con cada jornada de escritura, porque en cada página encontré al Señor, y comprendí que, aun en medio del dolor y la tristeza, Él siempre cuida de nosotros y tiene un propósito divino en todo lo que hemos vivido.

Estoy convencido de que este libro tiene un propósito especial. Dios puso este sueño en mi vida para sanar y transformar mi corazón y el de otros. Deseo que tú, y muchas personas más, puedan experimentar su amor y, a través de estas páginas, reencontrarse con Él de una manera única.

PREFACIO

Luego del fin de la Segunda Guerra Mundial, las naciones triunfantes se reunieron en la ciudad de Potsdam, cerca de Berlín, para terminar de redactar un acuerdo que llevaba meses elaborándose. El 2 de agosto de 1945, Alemania fue oficialmente dividida en dos territorios, una zona occidental bajo la administración de los franceses, británicos y estadounidenses, y una zona oriental bajo el dominio de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

En la conferencia de Potsdam también se decidió dividir la ciudad de Berlín en dos, creando así una Berlín Occidental administrada por los aliados —ciudad capitalista en medio del territorio soviético— y una Berlín Oriental, que pasó a ser parte de la jurisdicción de la URSS.

En el año 1949, los dos protectorados germanos se convirtieron en dos Estados; la zona oeste, incluyendo Berlín Occidental, se conocería como la República Federal Alemana (RFA); y la zona oriental pasaría a ser la República Democrática Alemana (RDA).



Al igual que Alemania, el resto de Europa quedaría dividida y dos potencias iniciarían una confrontación global por el control hegemónico: Estados Unidos de América, con su modelo capitalista, y la URSS, de corte comunista, lo que dio inicio a lo que más tarde se conoció como la Guerra Fría.

En la República Democrática Alemana, el escenario político era dominado por un partido único, integrador de otras fuerzas políticas respaldadas desde Rusia, el Partido Socialista Unificado de Alemania (en alemán, Sozialistische Einheitspartei Deutschlands, conocido por sus siglas SED).

El gobierno totalitario de la RDA llegó a ser considerado, en sus primeros años, como una de las cinco economías más grandes del mundo, sin embargo, con el pasar del tiempo y al igual que los demás países del Bloque Oriental, esta Alemania comenzó a tener problemas en su sistema económico y social. Como consecuencia, cientos de miles de ciudadanos abandonaron el país y en especial su capital, Berlín Oriental.

EL DÍA EN QUE NACIÓ LA NOCHE

El 12 de agosto de 1961, Cédric se levantó como de costumbre sobre las 6:30 de la mañana. Berlín estaba adornada por el estío. Los robles que se encontraban por toda la ciudad lucían sus pequeñas y múltiples hojas verdes. El aroma natural se apoderaba de la capital de la República Democrática Alemana. Para ese verano del 61 parecían haber quedado atrás los vestigios de las devastaciones ocurridas durante la Segunda Guerra Mundial. Dieciséis años habían pasado desde el fin de aquel gran desastre y las calles, plazas y edificios de la urbe asombraban por su total reconstrucción. Pero el ambiente de la ciudad estaba impregnado de una tensa calma.

Era un secreto a voces que las autoridades de la República Democrática Alemana, planeaban crear un muro divisorio entre las dos zonas de Berlín y, aunque las palabras del jefe de Estado de la RDA, Walter Ulbricht, indicaban que nadie tenía la intención de construir un muro, lo cierto era que la confusión amenazaba con alterar la paz que se vivía en la ciudad. Esta temporada parecía traer consigo un notable cambio que transformaría la forma de vida en Berlín.

A Cédric lo rodeaban los rumores y era consciente de los cambios, pero no tenía planes de migrar, como ya miles de personas lo habían hecho en búsqueda de mejores oportunidades. Al fin y al cabo, toda su vida había experimentado altibajos.

Sus padres murieron en los bombardeos de Berlín de 1945, cuando el ejército soviético iniciaba su avanzada final sobre el principal bastión nazi. Con tan solo nueve años, Cédric quedó huérfano y se vio obligado a aprender a luchar para sobrevivir en una ciudad arrasada y sometida por una nueva administración extranjera.

Vivió doce años al cuidado de su abuelo Klaus, aunque eso era solo un decir, pues Cédric tuvo que trabajar desde joven para ayudarlo a sostener el hogar. Klaus Hoffman no pudo hacer mucho después de que los soviéticos determinaran que él ya no tenía derecho a su pensión por haber trabajado para los nazis, cosa que habría resultado por completo descabellada si no fuera porque Klaus laboró en una de las empresas automotrices más importantes del país y dicha empresa fue forzada a construir vehículos de transporte para el ejército nazi. Después de ver las injusticias cometidas contra su abuelo y sufrir las consecuencias, aquel joven germanoriental ya no confiaba en el gobierno bolchevique.

Así pues, un altibajo más no era de gran preocupación para Cédric, los rumores solo eran eso, rumores. Por lo que se vistió y caminó a la cocina para preparar el desayuno. No podía darse el lujo de perder tiempo; Kerstin, su esposa, y Sophie, su hija, necesitaban de él.

Durante los últimos meses, la oficina de empleo del Estado le había negado a Cédric todas las plazas de trabajo a las cuales había aplicado de acuerdo con su profesión. La razón según las autoridades: haber sido criado por un nazi, lo que le imposibilitaba ejercer su carrera de leyes en las entrañas del gobierno del Partido Socialista Unificado de Alemania. Y así, lo único bueno que la RDA le había dado, la educación gratuita, ahora

no le servía para nada. Cédric se resignó a aceptar un puesto como personal de limpieza urbana en los alrededores de la Alexanderplatz de Berlín. La vida de todo un brillante profesional, graduado con los máximos honores, se veía obligada a desenvolverse en la calle, con una escoba y un recogedor en condiciones salariales y de vivienda desfavorables.

Con solo dos pasos, Cédric cruzó el estrecho pasillo que conectaba la cocina con la habitación principal, donde también se encontraba el único baño del apartamento. Abrió la puerta y, al entrar en la habitación con el desayuno preparado, vio a su esposa sentada en el borde de la cama mirando fijamente a Sophie, quien dormía en su cuna. Su rostro estaba caído y su mirada parecía perdida. No pudo dejar de pensar en cuántas veces había presenciado la misma escena en días anteriores, pero esta vez decidió hablar.

—Hola, mi amor —dijo mientras colocaba la bandeja sobre la cama. Luego se acercó y con delicadeza la atrajo hacia su pecho. Quería protegerla de lo que fuera que la estuviera atormentando y él no podía ver.

—Hola —susurró ella, sin luchar en ningún momento contra la gravedad que hacía permanecer sus brazos abajo.

En ocasiones pasadas, Kerstin había intentado ocultar su desconsuelo, pero ese día le resultaba imposible.

—¿Cómo amaneces hoy? —preguntó mirándola a sus hermosos ojos azules, ojos que ese día no brillaban igual, ojos que reflejaban la triste situación de su alma.

—Ya no sé cómo responder a esa pregunta, Cédric, tú muy bien sabes que no estamos bien.

—Lo sé, pero estamos juntos luchando por el bienestar de nuestro hogar y de nuestra hija —dijo a la vez que le ofrecía una sonrisa esperanzadora y acogía las manos de su esposa entre las suyas.

—Cédric, trabajo en la fábrica más de nueve horas al día; solo tengo descanso una vez al mes y apenas nos alcanza para

pagar la comida, mientras que Sophie crece al cuidado de mi hermana o en esas horribles guarderías en donde les enseñan a alabar al Partido como si fuera su dios... Soy madre de una bebé de nueve meses y apenas logro verla en la noche cuando la traemos a casa. —Sacó sus manos de la jaula y las llevó hasta su sien, ocultando su rostro y las grietas de su alma.

Kerstin cuidaba muy bien sus palabras, aún no estaba lista para que su esposo se enterara de que desde hacía cinco días había renunciado a su trabajo.

—Sé que estamos pasando por momentos difíciles, mi amor. Pero debemos confiar en que las cosas van a cambiar pronto, confiemos en Dios.

—¿Cambiar?, ¿cómo cambiar?, vamos de mal en peor. No sé si eres consciente de que llevamos nueve meses intentando sobrevivir. ¿De qué nos ha servido confiar en ese supuesto Dios? —Dejó el plato sobre la cama, se puso en pie y se posicionó al lado de la ventana.

Cédric también se levantó y, abrazándola por la espalda, le dijo:

—Amor, confiemos un poco más, vas a ver que todo será diferente.

Kerstin se volteó con un suspiro, resignada, y lo abrazó también. Pasados unos segundos volvió a hablar.

—Perdóname, sé que no necesitas más presión en este momento. Eres un hombre esforzado y yo estoy sonando como una desagradecida.

—No es así. Sé que esto ha sido muy duro para los dos. Son muchos los momentos en los que tú me has ayudado a recobrar las fuerzas.

—Cédric —dijo, y se derramó sobre el hombro derecho de su esposo—. Pase lo que pase, siempre serás el amor de mi vida.

El joven no supo qué contestar, la abrazó un poco más y luego sus labios se juntaron en un frío gesto. Cédric se acercó a

la cuna en donde estaba su hija para darle un beso en la frente, miró a Kerstin y le dijo un último te amo antes de dirigirse a la salida.

Kerstin volvió a la cama para comer la salchicha y el pan con mermelada que Cédric le había preparado; el café aún estaba caliente.

El hombre ya estaba por salir de la habitación cuando su esposa le dijo:

—Amor, ¿podrías recoger a Sophie esta noche en casa de Annette? Quisiera llegar temprano. Me siento cansada.

—No sabía que tu hermana ya había regresado de Nueva York.

—Sí, regresó hace un par de días.

—¡Qué bueno! Tranquila, yo la recojo. Solo dile a Annette que pasaré después de las ocho, esta semana mi jornada es más larga —respondió él. Kerstin se limitó a asentir con la cabeza.

De vez en cuando Cédric compraba el periódico *Neues Deutschland* en uno de los tradicionales quioscos que había camino al trabajo. Entre las noticias de ese 12 de agosto destacaba la entrevista que los medios oficiales de la RDA le habían hecho al cosmonauta soviético Yuri Gagarin. Quien, para la fecha, ya era toda una celebridad, pues meses antes se había convertido en el primer hombre en viajar al espacio exterior.

La Alexanderplatz estaba a unas veinticinco cuerdas de su apartamento. Cerca de allí se hallaba el punto de encuentro para el inicio de sus labores, justo en la intersección entre la Rosa-Luxemburgo-Straße y la Dircksenstraße.

Esa mañana sombría parecía esconder algo. Las calles estaban más vacías de lo normal, la poca gente que había evitaba conversar y caminaba con rapidez, como si tuvieran miedo.

Cédric no tenía idea de lo que estaba ocurriendo, y toda su jornada laboral transcurrió en medio de esa zozobra. Cuando su trabajo estaba por finalizar, cerca de las 7:30 de la noche, Cédric divisó a su amigo Finn Behrenbruch a unos cuantos

metros. Se veía agitado y sus ojos iban de un lugar para otro como si buscara a alguien o quisiera asegurarse de que nadie lo seguía. Cuando su mirada se cruzó con la de su amigo, incrementó la marcha.

—Cédric, pensé que no te iba a encontrar. Tenemos que irnos —dijo Finn, jadeante.

—¿De qué me estás hablando? ¿Qué está ocurriendo?

—Nos van a segregar. Están transportando postes y concertina en camiones para levantar barricadas en medio de la ciudad. Han decidido dividir Berlín.

—¿Lo dices en serio? Las Naciones Unidas no dejarían que eso sucediera. Además, Ulbricht dijo que no se levantaría ningún muro.

—Lo van a hacer, es inminente. La información que tengo es que a medianoche iniciarán la construcción relámpago del cerco, de tal manera que al amanecer ya nadie pueda pasar a Berlín Occidental.

—¿Y tus padres, Finn?

—Apenas salí del trabajo fui a casa, empacamos lo que más pudimos y nos fuimos. Me di cuenta de que eran muchos los que también estaban intentando pasar, algunos hasta fueron detenidos por las autoridades. Me aseguré de que pudieran atravesar hacia el otro lado sin problemas y de inmediato vine a avisarte. Aún estamos a tiempo. —Finn miró por encima de su hombro y saludó a alguien a lo lejos, su sonrisa era rígida.

Cédric debía ir por su esposa al apartamento y cruzar de inmediato a Berlín Occidental por su hija, la sola posibilidad de quedar separados de ella le ponía los pelos de punta.

—Gracias, hermano. Tenemos que irnos. Debo buscar a Kerstin, a esta hora ya debe estar en el apartamento. Esta mañana ella dejó a Sophie con Annette en Berlín Occidental, mi hija ya está del otro lado.

—Está bien, si nos damos prisa podremos escapar por la estación Friedrichstraße; de no ser posible, existe otra opción,

aunque resultaría más riesgosa. Sé de un complejo de apartamentos en la frontera desde donde podemos saltar hacia el lado occidental. Vamos por Kerstin.

—Espera. En diez minutos termina mi turno. Debo marcar la salida con mi jefe y dejar en la bodega los implementos de aseo, si no lo hago, levantaría sospechas.

Los siguientes diez minutos parecieron una eternidad. Al terminar el turno de Cédric comenzaron a caminar a paso rápido en dirección al apartamento; incluso trotaron cuando no había nadie. Nunca Cédric había recorrido esas veinticuatro cuadras con tanta premura.

La adrenalina recorría su cuerpo. Su angustia no le permitía pensar en la fatiga que esos casi tres kilómetros de distancia podían causar en una persona que llevaba meses siendo poco atlética. Su mente estaba ocupada en todo lo que Finn le había comentado. El corazón se le desbordaba, solo esperaba encontrar a su esposa y huir lo más rápido posible.

Al llegar al apartamento, Cédric tanteó sus bolsillos con desespero, pero no consiguió encontrar sus llaves y comenzó a golpear la puerta llamando a Kerstin a gritos.

—No hagas un escándalo, Cédric —dijo Finn, poniendo ambas manos sobre los hombros de su amigo hasta sacudirlo—. Debes bajar la voz, los vecinos pueden alertar a la Stasi¹ y venir a arrestarnos por alterar la calma.

Cédric intentó tranquilizarse y volvió a buscar las llaves. Después de encontrarlas, las introdujo con violencia en el cerrojo. Abrió la puerta con fuerza y recorrió en un santiamén el apartamento en busca de Kerstin, pero ella no estaba ahí.

Todas las cosas seguían en su lugar. No había indicios de que Kerstin hubiera ido a la casa, y ella no le había mencionado nada sobre quedarse hasta tarde trabajando. Volvió sobre sus

1 Stasi. La Stasi era la policía secreta de la República Democrática Alemana (RDA), encargada de la vigilancia y represión de la población para proteger al régimen comunista. Espiaba tanto a ciudadanos como en el extranjero, y ejercía control mediante el acoso psicológico y la vigilancia constante.

pasos, se masajeó la mandíbula y se llevó una mano a la nuca para secar la sudoración, fue entonces cuando Cédric vio un sobre en la barra de la cocina. Lo abrió con afán y se quedó un par de minutos leyendo la carta que contenía, luego se desplomó sobre el sofá tomándose el cabello. Los codos quedaron sobre sus rodillas.

—¿Qué pasa, Cédric? —preguntó Finn, pero no recibió respuesta—. Dime algo, por favor.

Sin pronunciar palabra, el hombre se limitó a extender la hoja que sostenía con mano temblorosa. Al tomarla, Finn notó que la carta estaba escrita por Kerstin, miró a su amigo y un nudo se le hizo en el estómago. Empezó a leerla.

Amor:

Espero algún día puedas perdonarme por lo que he hecho. Cuando leas estas palabras, al llegar a casa esta noche, espero logres comprender la decisión que he tomado. Pero, aunque no hayas podido hacer nada para detenerme, sí podrás hacer mucho por nuestra hija. Ella debe ser la razón por la cual sigas adelante.

Cédric, no pude seguir sosteniendo esta vida de desesperanza y dolor. No quería continuar ahogándome en un mar de tristeza y desilusión. Debo admitir que tu amor me impregnó ánimo durante un tiempo, tu fortaleza y confianza en Dios me sostuvieron hasta hoy, pero no fue suficiente.

Traté de ocultarte mi dolor, porque no quería que un hombre bueno como tú llegara a cometer una locura al saber por lo que yo estaba pasando. Por eso espero que entiendas la razón por la que hice lo que hice.

Desde hace unos meses comencé a notar que mi jefe me miraba de manera extraña, empecé a recibir invitaciones a almorzar y a notar insinuaciones de su parte. No quise decirte nada porque tuve temor de que reaccionaras de forma violenta y ambos perdiéramos nuestros trabajos. Pero la situación se salió de control la semana pasada cuando mi

jefe me citó en su oficina y me dijo que me despediría del trabajo a menos que estuviera dispuesta a entregarme a él.

Sin pensarlo le dije que prefería morirme de hambre antes que hacer tal cosa, pero él sabía que esa no era una propuesta. Él lo había planeado todo y aquella tarde abusó de mí.

Después de eso salí a buscar ayuda; necesitaba alguien que me devolviera lo que ese hombre me quitó, y pensé: «¿a qué otro lugar puedo acudir sino a la casa de Dios?».

Busqué al pastor Erwin y a su esposa. Les conté lo que me había ocurrido, y cómo me sentía. Ellos oraron por mí y me dieron fuerzas, me aconsejaron esperar un tiempo antes de hablar contigo. Incluso se ofrecieron a hacerlo antes que yo para evitar una reacción tuya que pudiera traer más dificultades. Acepté su recomendación confiando en que su sabiduría venía de Dios.

Les pedí que me permitieran trabajar en la iglesia por un tiempo, que no me importaba el monto del pago pese a nuestra difícil situación económica. Pero ese trabajo solo era una excusa para poder estar más tiempo en ese lugar, sentía que lo que de verdad necesitaba era estar cerca de Dios. Sin embargo, su respuesta fue que analizarían mi petición y me llamarían pronto.

Esa llamada nunca llegó.

Durante varios días ninguna palabra de aliento tocó mi puerta. Estaba muriéndome. No podía cargar con esto, y no quería cargarte a ti tampoco. Me era imposible mirarte sabiendo lo que escondía mi corazón. No juzgo a los pastores, de seguro ellos también estaban abrumados con otros problemas y sus múltiples ocupaciones les impidieron llamarme o buscarme, pero mi alma no aguantó más. Debía mentirte y decir que todo estaba bien, además de salir cada día para que creyeras que aún seguía trabajando y no preocuparte, pero poco a poco la depresión se apoderó de mí.

Amor, espero algún día puedas perdonarme. Duele abandonarlos, pero duele más vivir mientras mi alma está muerta.

Fuiste el amor de mi vida, el único hombre del cual me enamoré, y sé que Sophie, al quedar contigo, estará segura. Eres un hombre valiente y muy fuerte, no tengo dudas de que podrás afrontar el duelo de mi partida con la ayuda de Dios. Te amo, Cédric, espero algún día me perdones.

*Con amor, Kerstin,
la mujer para la que fuiste el mejor hombre del mundo.*

Finn dejó la carta y no dijo nada. Ya no importaba el afán, el tiempo o el cerco divisorio. Solo podía pensar en alguna forma de alentar a su amigo luego de recibir semejante puñalada, aunque nada de lo que hizo o dijo dio resultado. Cédric se mantuvo postrado en el sofá, en silencio, esquivando los intentos de su amigo por animarlo.

Cerca de las nueve y media de la noche, Cédric rompió el silencio. El suave tono de su llanto fue en aumento, luego se convirtió en gritos y gemidos que inundaron de dolor el ambiente del pequeño apartamento.

—¿Por qué todos los que amo se tienen que ir?! —repetía Cédric entre sollozos—. Maldita sea, no entiendo, ¿por qué me tiene que tocar esta vida tan miserable?

Finn, sentado a su lado, le dio un apretón en el brazo.

—¿Qué voy a hacer?, ¿por qué Kerst...

En ese momento el sonido del teléfono los tomó por sorpresa. Cruzaron miradas, como intentando decidir quién contestaría, hasta que, por fin, Cédric se arrastró hasta la pequeña mesa y alzó la bocina:

—*Halo, Cédric* —saludó la voz del otro lado.

—Sí, soy yo, ¿con quién hablo? —Aunque la voz le resultó familiar, su convulsionado estado emocional no le permitió reconocer quién era.

—Es Derek, Cédric. —Hubo silencio por un momento en la línea—. No sé de qué manera decirte esto... Annette recibió

una carta de Kerstin que decía que había tomado la decisión de acabar con su vida. Ella no había sido capaz de contactarte, así que llamé varias veces por la tarde, pero al no recibir respuesta, supuse que aún estabas en el trabajo.

—Derek... —dijo Cédric, la boca le sabía a sangre—. Ya lo sé todo. Ella también me dejó una carta.

Se escuchó un suspiro pesado.

—Mantén la calma, hermano. Sophie está con Annette, yo estaba en Hannover por cuestiones de trabajo y cuando supe la noticia regresé de inmediato a Berlín. Acabo de llegar a casa. Si quieres, puedo pasar a recogerte a tu apartamento.

—Derek, no sé qué hacer. No puedo ir por Sophie sin estar seguro de dónde se encuentra Kerstin, quizás ella siga viva.

—Cuánto quisiera que fuera así... En la mañana, Annette bajó al mercado y allí escuchó a unas personas hablar sobre una mujer que se había lanzado de un puente en Charlottenburg. La noticia la consternó un poco, pero cuando encontró la carta de Kerstin, se derrumbó por completo. No pudo dejar de pensar que, con seguridad, se trataba de su hermana. Salió corriendo a la tienda y preguntó por el lugar en donde se hallaba la mujer. Al llegar al sitio, la policía mantenía la zona acordonada, ella les pidió que la dejaran pasar, pero se lo negaron. Aun así, Annette traspasó la cinta de seguridad, llegó hasta donde estaba el cuerpo y la vio. Entre lágrimas me contó cómo al quitar la manta blanca que cubría el cadáver, descubrió a su hermana boca abajo portando aún su overol de trabajo. Lo siento mucho, Cédric.

—¡No, esto no puede ser! ¡¿Por qué?! —gritó él escurriendo su espalda por la pared hasta llegar al suelo. Se mantuvo en posición de cuclillas, le dio un puñetazo a la pared y, aún con el teléfono sostenido entre el hombro y la oreja, lloró.

Del otro lado de la línea, a Derek se le aceleró el pulso de solo pensar en el dolor de su cuñado. Por su parte, Finn

se tiró al suelo y lo abrazó con fuerza; aunque no escuchó la conversación, supuso de qué se trataba.

Pasados un par de minutos, Cédric preguntó:

—¿Cómo está Annette?

—Está muy triste. Aunque por fuera se ve tranquila, sé que por dentro está destrozada por el dolor. Hermano, por favor, sé fuerte, insisto en ir a recogerte.

—Gracias, Derek, no es necesario. Te vuelvo a contactar más tarde —dijo Cédric. Ambos estaban conscientes de que la Stasi podía estar monitoreando la conversación.

—Estaré muy pendiente de tu llamada. Sé fuerte amigo. Recuerda que cuentas con todo nuestro apoyo.

—Gracias, Derek, adiós.

—¿Qué sucedió? —preguntó Finn.

—Era Derek, el esposo de Annette, ya sabía lo de Kerstin. —Tomó aire—. Esto realmente está pasando, no es un sueño, Finn... —dijo Cédric sin poder terminar sus palabras.

—Todo lo que está pasando es terrible. No puedo creer que Kerstin hubiese pasado por cosas tan dolorosas y que un hombre como tú tenga que experimentar toda esta espantosa realidad, pero sé que Dios te dará las fuerzas para luchar por tu hija.

Cédric dejó caer el teléfono con una mueca.

—¿Es en serio, Finn? ¿Dios? ¿Cómo puede Dios estar presente en esta situación? Y si estuviera presente en todo esto, ¿acaso podría ser un Dios bueno? ¿Cómo puede existir un Dios que permita toda esta injusticia?

—Sé que es difícil entenderlo, Cédric... Pero Dios te ayudará a encontrar fortaleza. Una vez crucemos podemos buscar la manera de ponernos en contacto con el pastor Erwin y...

—Cédric lo interrumpió dándole otro puñetazo a la pared.

—¡No me hables de Dios y mucho menos de ese cretino! Él era toda la esperanza de Kerstin, era como mi padre, y la abandonó. ¿Qué clase de pastor puede estar más pendiente de otras cosas que de quienes le piden ayuda?, ¿cómo Dios

permitió ese consejo tan estúpido? Si ella me hubiera contado todo, si hubiera venido primero a mí antes que a ellos, si yo hubiera prestado más atención a su dolor, se habría evitado todo esto —dijo Cédric apretando los dientes.

Lo único que se le ocurrió a Finn después de escuchar aquellas palabras fue darle un abrazo a su amigo. El tiempo corría en su contra y las oportunidades de escapar menguaban, pero Cédric no reaccionaba y Finn tuvo que hablar.

Los minutos, las horas y los segundos son la lógica racional más ilógica cuando queremos medir el tiempo. Aunque un segundo, un minuto y una hora siempre serán lo mismo, en nuestra mente parecieran ir más lento o más rápido según las circunstancias que estemos viviendo. Para Finn cada minuto fue como una eternidad, mientras que para Cédric pasó tan rápido que no logró percatarse que llevaba ya dos horas en un silencio que solo era interrumpido por su llanto.

—Debemos darnos prisa para salir de aquí, Cédric, los soviéticos ya deben estar levantando el cerco y si no nos apresuramos, no podremos pasar. Debemos tomar el metro antes de que sea medianoche y la estación cierre.

—¿No entiendes que nada me importa en este momento, Finn? Que esos bastardos levanten un muro en medio de la ciudad es algo que me tiene sin cuidado, un muro más alto ya se levantó sobre mi vida y estoy atrapado en esta porquería.

—Cédric, sé que no puedo comprender la profundidad de tu dolor, pero tienes que reaccionar. Sophie está del otro lado y si no salimos de aquí, ella no solo habrá perdido a su madre, sino también a su padre. Es verdad, todo esto es un asco, pero no puedes darte el lujo de perder también a tu hija —dijo Finn extendiéndole la mano para que se levantara del suelo.

Al ver que sus palabras y gestos no generaron ninguna reacción en su amigo, Finn tomó con fuerza a Cédric de la parte trasera del cuello de la camisa hasta alzarlo. En respuesta, Cédric alzó su brazo derecho para sacárselo de encima; Finn

terminó contra la pared y se dio un fuerte golpe en la cabeza. Pero, al notar que se había hecho daño, Cédric se puso en pie e intentó socorrerlo:

—Finn, ¿estás bien?, perdóname —dijo Cédric, preocupado.

Finn hizo una mueca y se llevó una mano a la parte golpeada.

—¿Tengo sangre?

—No, no estás sangrando. Perdóname. No pensé en hacerte daño.

—No te preocupes, pero tenemos que irnos de inmediato, o no saldremos de aquí.

Por fortuna, el golpe que recibió Finn no fue grave, lo único que le produjo fue un pequeño bulto en la parte trasera de la cabeza, sin embargo, ese mismo golpe ocasionó algo más potente en Cédric: sacarlo de su estado de *shock*. Reaccionó y volvió a estar consciente de la situación en la que se hallaban.

Luego de que Finn ayudara a su amigo a levantarse del piso, Cédric secó sus lágrimas con la camisa que llevaba puesta, tomó un suéter para él y otro para Finn y ambos emprendieron el camino a la estación del metro más cercana.

**Continúa tu lectura,
adquiere «El muro en el corazón de Berlín»
con tu distribuidor de confianza.**

Escanéa el QR o ingresa a
<https://linktr.ee/editorialjucum>
y encuentra un distribuidor en tu país
bajo la sección «Shop».

